

**La mujer que desató  
el mayor escándalo sexual  
de todos los tiempos**

Eli Yaakunah

© Eli Yaakunah, 2011

Todos los derechos reservados

ASIN: B007IKF4R4

En portada: fragmento del cuadro *Escándalo* de la artista Karina Vagradova

## **NUEVA YORK, SEPTIEMBRE**

El amor es transformación. Yo encontré a un hombre que convertía el plomo en oro, pero él desapareció. Lo busqué violando todas las reglas, hasta que descubrí que todo dependía de mi respuesta a un terrible encargo. El amor, la paz mundial y mi propia conciencia estaban en juego.

¡Mi pequeña Erato, te lo suplico: ayúdame!

**El más sexy de los mundos**

## MIÉRCOLES 7

### I

Desnuda en el espejo. Tu cuerpo es agradable, pequeño de talla y de pecho, oscuro pelo en la cabeza y en el pubis. Da gusto acariciarse bajando de las tetas al clítoris. Pero no te has desnudado hasta lo más crudo de tu realidad para disfrutar de este insignificante placer, sino porque desde ahí notarás más el salto.

¿Cómo vas a hacerlo esta vez? Ya sabes que puedes despegar incluso con los ojos abiertos, que tu fantasía es bastante poderosa como para entregarte en el acto a una tribu de cocineros con sus artilugios, deseosos de experimentar contigo nuevas recetas. Si cierras los párpados, puedes convertirte en una diosa de grandes senos llenos de dulce leche, aun sin dar a luz, amamantar a un príapo sediento y beber de su falo descomunal antes de chuparlo con tu vagina y tragártelo en el útero desde el glande a la cabeza. O puedes volver a mear gaseosa o Chica Cola como de niña y ofrecerla al hijo macarrita de los vecinos, o ser tú misma un hombre peludo y levantar tu sexo para penetrar todos los labios de una ninfa llena de curvas y gemidos.

Pero hoy te miras a los ojos, a tus ojos castaño corriente, y en vez de divagar o cerrarlos, los clavas en ellos mismos, te zambulles en tus pupilas, te precipitas en un océano azul y verde y negro. Has caído sobre la retina, la besas y subes por el nervio óptico descubriendo un túnel aterciopelado que te lleva al oído, lo lames y mordisqueas desde dentro sacando la punta de la lengua a través del tímpano, alargándola hasta alcanzar el lóbulo de la oreja, pero no puedes pararte porque tu otra lengua se atornilla a la raíz de tu lengua y se la lleva a la boca, a dejarte probar su miel mientras te saborea entera con sus grandes papilas gustativas, ensalivando en un instante todo tu cuerpo. Te agarras a la campanilla, la rodeas con los brazos dejando colgar las piernas, pruebas a columpiarte pero resbalas y caes. Si sigues bajando llegarás al estómago. Tal vez sería bueno comerte a ti misma, digerirte, asimilarte, pero los ácidos gástricos que oyes borbotar allá abajo te sugieren meterte en la laringe. Aterrizas en las cuerdas vocales, las pellizcas y tu yo anfitriona te envuelve en una

nota musical. La siguiente inhalación te aspira pulmón adentro. Una brisa estremecedora te envuelve el cuello y los dedos, enloqueciéndote de tanto placer que pierdes el control de tus movimientos y acabas saliendo por una membrana, cayendo en el lago blanco de al lado: estás dentro de tu teta, estrujas su piel desde el interior y te bañas en tu leche. Ya tiemblan tus cuerpos anfitrión y huésped, pero tienes que obedecer la llamada del mundo inexplorado allá abajo y reanudas el viaje. Llegas a la barriga y relajas la espalda contra el gran músculo recto abdominal, sintiendo en tu parte delantera el roce con la elástica epidermis que difunde una tenue luz rosada. El colchón está firme, aunque nunca te hayas esforzado mucho por ejercitarlo, como demuestra esta suave almohadilla de grasita que te cosquillea suavemente el cuello para que no se te baje la excitación. Recuperado el aliento, te envuelves alrededor del ombligo con brazos y piernas y bajas resbalando cual bombero por su barra, cayendo en tus entrañas hasta aterrizar en un ovario, haciendo hervir las hormonas y madurar un óvulo. Entrás en él y descendes por una trompa hasta el útero, donde te instalas como hija amada de ti misma: ahora sí que estás embarazada y como madre sientes explotarte las tetas, y como hija pataleas en el líquido amniótico, te chupas el dedo, guiñas el ojo y aprovechas las contracciones de la matriz para bajar por la vagina estimulando el G y descubriendo nuevos puntos del H al Z. Otra vez será cuando visites nalgas, piernas y pies, porque se ha roto la placenta y no hay vuelta atrás: ya vas de sacudida en sacudida, de grito en grito, como madre gimiendo y gimiendo, jadeando y jadeando, como hija saliendo de cabeza, sacando hombros y brazos, lamiendo de paso tu clítoris materno mientras trepas por la parte delantera de ti misma. Con un último alarido de doloroso placer aparece tu cadera, seguida por las piernas que vienen juntas a modo de sirena y se separan sólo cuando salen los pies. Y ahí estás, como madre y como hija, ambas mojadas desde el cabello hasta las uñas, apretando labios contra labios, tetas con tetas, ombligo cordón ombligo.

Entonces te desprendes del espejo y lloras como una recién nacida.

## VIERNES 9

### I

El edificio era una pirámide negra salida de un manual de Ecofuncionalismo. En un día nublado y sin GPS, nadie podría distinguir las dos caras fototermovoltáicas del sureste y del suroeste de la otra, de no ser por un orificio que de vez en cuando se abría y cerraba en la base del norte para engullir un huevo igualmente negro que avanzaba sobre dos ruedas. Si alguien ajeno a la empresa hubiese presenciado el desfile, habría podido deducir que éramos unos privilegiados, por la categoría de las motos y porque empezábamos a las diez, dos horas después que los comunes mortales. Y era verdad, por más que nosotros tratáramos de ocultarlo. Yo misma, con sólo veintiocho años, había conseguido el empleo que siempre había deseado. Por cierto, si queréis saber cuál era, es inútil que busquéis un letrero en la fachada del edificio.

## II

Yo también avancé en mi motohuevo hasta la entrada del aparcamiento, bajé la ventanilla y miré al lector de huellas oculares.

–Bienvenida al trabajo, divina Ishtar, hoy tus ojos son aún más lindos. Que tengas un buen día.

Me quedé con la boca más abierta que el orificio que esperaba mi paso: ¡los programadores habían cambiado el saludo! Ya me había acostumbrado a la fórmula con la que la Pirámide me había recibido hasta entonces: «Bienvenida al trabajo, lindos ojos de Ishtar». La primera vez el piropo me había hecho sonreír, pero había pasado un año y sabía que mis colegas eran venerados con las mismas palabras. Me alegraba que la llegada fuera la única parte repetitiva de mi jornada laboral, aunque a veces me había preguntado por qué no variaban el mensaje: cualquiera de nosotros habría sabido inventar un sinfín de encantadoras bienvenidas. Hubiéramos podido turnarnos en elegir la frase del día siguiente y tener siempre una sorpresa... Ahora sí la tenía, aunque la nueva fórmula tampoco lucía por imaginativa. Por un momento, pensé que alguien se estaba burlando de las nuevas emociones que brillaban en mi mirada. O quizás el escáner se había dejado deslumbrar por los ojos de Utu, que seguían reflejándose en los míos desde nuestro café erótico del día anterior...

Una vez en el aparcamiento, entregué mi motohuevo a la plataforma automática que se encargaría de llevarlo a su hueco y subí al ascensor monoplaza. El medio minuto del trayecto lo dediqué a elaborar un plan de acción: si no coincidía con Utu en la pausa café, me atrevería a llamar a la puerta de su despacho, aunque sólo fuese para decirle hola. Como una adolescente en su primer amor, había contado las horas desde que nos habíamos despedido en el Liberty Park. Quince. Unos setenta mil latidos de mi acelerado corazón. Y ni siquiera había podido consolarme leyendo una nueva noticia suya aquella mañana. Si él había preparado una, por alguna razón Nergal no se la había publicado.

Mientras me preguntaba cómo era posible rechazarle un artículo a Utu, el ascensor se abrió en el piso que marcaba mi iris. Para mi sorpresa, me encontré en un mundo nuevo.



### III

El pasillo era parecido al de siempre, a mano izquierda la sala del café seguida por la fila de los despachos, que aquí eran menos numerosos y un poco más alejados entre ellos. En la pared derecha sólo había cuatro grandes puertas acristaladas, y enfrente de mí estaban erguidos dos desconocidos.

La columna de la izquierda, un hombre alto de unos cincuenta años, porte elegante, pelo negro y canosas sienes, me miraba con dos grises tempestades. A pesar de su sonrisa apacible, no pude evitar imaginarlo transformado en una tromba marina, azotándome con viento huracanado, empapándome la ropa hasta disolverla, para luego arremolinarme desde el ombligo toda la piel.

La de la derecha era una mujer atractiva sobre los cuarenta y cinco, largo pelo negro liso, vestida como yo y como su compañero con camisa azul debajo de chaqueta y pantalones grises, pero con un gran arco en la boca que resplandecía de Este a Oeste y de Norte a Sur, desde las cejas hasta reflejarse en la enorme corbata plateada que le surcaba el centro del pecho. Sentí que al hacer el amor se convertiría en una bonita elefante y me metería la probóscide por la vagina, dándome placer con su rugosa piel. Luego soplaría fuerte para inflarme desde el útero, hasta hacerme reventar o alzar vuelo.

–¡Bienvenida! –dijeron al unísono, con énfasis, abriendo los brazos hacia mí.

Me escudé con un «debe de haber un error».

–No hay ningún error, Ishtar Benten. Enhorabuena por tu ascenso.

¿Quería decir que me habían cambiado a un piso más alto, o que tenía otro trabajo? Yo no había solicitado nada parecido, ni pensaba que hubiese otra posibilidad de promoción que convertirme un día en la directora del Departamento de Crónica Escrita, sustituyendo a Nergal o a su sucesor, posiblemente el mismo Utu, que me superaba en antigüedad como la mayoría de los colegas. Pero ahora me encontraba en otro piso, con esos desconocidos ante mí que esperaban un abrazo. Recordé el primer día en la Agencia, cuando Nergal me había dado la bienvenida de una manera semejante, hacía ya un año. Como entonces, acabé por abrir los brazos y me entregué a mi futuro.

–Me llamo Shiva Anu –dijo la mujer apretando su pecho contra el mío, por lo que tuvo que inclinarse un poco hacia delante ya que era más alta que yo. Por un momento, sentí cómo sus pezones estrujaban los míos. No era el momento de preguntarle si ese ascenso

significaba que ya no tenía que ocuparme de Trasfondo Sexual, y esperé confundida a que me soltara, lo que hizo sólo después de darme dos besos en las mejillas y uno en el aire, rozándome los labios con los suyos.

–Y yo soy Zurvan Enlil –dijo el hombre atrayéndome a su pecho para repetir el mismo ceremonial, que acabó con un beso suyo en la cumbre de mi frente.

–Zurvan representa la fuerza creadora, constructiva y propositiva –observó la mujer.

El hombre asintió con una ligera sonrisa de orgullo.

–Y Shiva es la gran destructora, la crítica, la pronegativa –dijo, enfatizando cada palabra como si fuese el cumplido de un amante–. Gracias a ella podemos alcanzar la perfección.

Esas extrañas presentaciones sólo contribuyeron a aumentar mi desconcierto. No sabía dónde estaba, ni por qué se me había elegido para ese cambio. Me halagaba pensar que alguien hubiese apreciado tanto mis crónicas de Trasfondo Sexual, pero no me creía capaz de hacer otra cosa.

Zurvan soltó una risa de bajo.

–¿Quieres saber dónde estás? Éste es el Departamento de Guionistas.

No sabía que existiera tal sector, en la Agencia. ¿Significaba eso que pasaba a ocuparme de ficción explícita? Las dos columnas me cogieron del bracete y me acompañaron a entrar en el templo. Primera etapa: el salón de los cafés. Me tranquilizó ver que el ambiente era semejante al de la sala homóloga en el piso de Crónica Escrita, con la misma luz de día, difundida aquí también por una gran falsa ventana blanca. Tan sólo el espacio era más grande, con más sillas y una gran mesa redonda en el medio. Me senté en el sofá y acepté la taza humeante que me estaba esperando. Al acercar el café a los labios supe que lo habían endulzado con una cucharada de miel, como me gustaba a mí.

–Nosotros somos los dioses –dijo Shiva.

No pude evitar sonreírme, recordando que Nergal me había dicho lo mismo un año antes.

–Nosotros somos los verdaderos dioses. Nosotros creamos el mundo real –precisó Zurvan, otra vez contestando a mis pensamientos–. Te hemos elegido por lo que has demostrado durante este año, y sobre todo, por qué ocultarlo, porque ayer nos diste una prueba de que tienes un talento especial para trabajar en equipo.

–Creo que hay un error de persona: todas las noticias que he creado hasta ahora las he ideado y elaborado yo sola. Eso es lo normal en Crónica Escrita.

–Ayer, en el salón de los cafés –dijo simplemente Zurvan, clavándome la tempestad de sus ojos.

¡No! ¡Eso era demasiado! O Utu me había traicionado y había contado nuestra conversación, o nos habían espiado: así como había cámaras vigilando las calles, podía haberlas también en la Agencia, aunque nadie nos hubiese avisado. Las dos hipótesis me horrorizaban, pero no dudé en elegir la segunda y decidí que Utu había guardado nuestro secreto. Entonces recordé que la ley de protección de datos prohibía toda grabación no consentida. Sólo las fuerzas del orden estaban autorizadas a saltársela, y podían vigilar a todo ciudadano en los lugares públicos, como la Red o las calles, pues eso era necesario para garantizar la seguridad. Ciertamente era que la dirección de una empresa como la nuestra también tenía poder de control, en la medida en que eso permitía defender la eficiencia laboral. ¿Sería eso suficiente para justificar la grabación de una conversación privada?

–Tendrás una subida salarial muy importante, entrando una hora más tarde y saliendo una hora antes –dijo Zurvan–. De hecho, hoy nos quedan unos cincuenta minutos, antes de que lleguen tus nuevos colegas y empiece tu jornada laboral.

Esa novedad también me sorprendía. Me costaba imaginarme con un salario aun mayor, incluso mucho mayor, que el sueldazo que había cobrado hasta entonces. Confieso que esa promesa tuvo el efecto inmediato de aplacarme el ánimo y disipar toda duda.

–¿Puedo ir a despedirme de mis ex compañeros? –pregunté.

Shiva y Zurvan se intercambiaron una rápida mirada.

–La verdad es que no sabemos en qué piso están –dijo ella.

–Con el ascensor no hay manera de alcanzarlos, ya que tus ojos ahora sólo te llevan aquí –explicó él.

–¿Y las cosas de mi viejo despacho?

–Ya están en el nuevo –contestó Shiva.

–Las han traído antes de que llegáramos nosotros –precisó Zurvan.

¿Debía enfadarme? Alguien había desplazado mis cosas sin consultarme, dando por supuesto que aceptaría la mudanza sin protestar. Pero mi cobardía ya estaba comprada con el oro y el incienso, así que me olvidé de la mirra. Traté de recordar si había dejado algo de que avergonzarme en el viejo despacho... ¡Mi pequeña Erato! Tuve el impulso de levantarme para

correr a buscarla, pero no podía demostrarles tanta desconfianza. Así que aplacé las averiguaciones, mientras mi cerebro derecho rezaba por dos deseos incompatibles: que mi musa estuviese sana y salva en el nuevo despacho, y que no le hubiesen tocado ni un pelo. Al mismo tiempo, el hemisferio izquierdo seguía buscando una manera para visitar a los antiguos colegas... Bueno, ¿para qué trataba de engañarme a mí misma? A quien quería ver era a Utu. Por un instante, pensé en cómo le anunciaría mi ascenso...

–Por supuesto, no puedes contar nada de tu nuevo trabajo a nadie que no pertenezca a este Departamento –dijo Shiva–. Como en Crónica Escrita, estamos bajo secreto profesional, por contrato. Y la cuantía de tu nuevo sueldo también debe quedar entre nosotros.

Pensé que en su afirmación había una contradicción. Era verdad que los cronistas tenían prohibido hablar de su trabajo. Pero los guionistas sí sabían muchas cosas de ellos: Shiva y Zurvan, al menos, demostraban tener un conocimiento detallado de mi actividad anterior. Incluso era evidente que habían accedido a la grabación de mi café erótico con Utu. Me sonrojé pensando en las personas que habían podido asistir a esa escena. Nos habían tratado como cobayas, y yo había superado la prueba. ¿Qué diría Utu si lo supiera? Él no podría consolarse con un ascenso laboral. ¿Compartiría mi sensación de haber sido violado? ¿Se alegraría de mi éxito?

#### IV

Miré en el lector de huellas oculares, que ya estaba programado para reconocermme, y la puerta se abrió. Supuestamente, de ahora en adelante sólo obedecería a mis ojos. Sin embargo, justo ayer mi anterior despacho me había traicionado. ¿Quién me garantizaba que el nuevo no haría lo mismo? Recordé cuando Nergal me había asegurado que nadie podría allanar mi espacio, que la habitación tenía un sistema de autolimpiado cada noche y yo sólo tenía que mantener el orden en la medida que lo quisiera. Ahora quería pensar que esa inviolabilidad sólo se había interrumpido durante las pocas horas en que había dejado de pertenecer al Departamento de Crónica Escrita. Y acallé las dudas, porque mi nuevo mundo me acariciaba con ternura y este despacho era más amplio que el viejo, con un gran ramo de flores de todos los colores dándome la bienvenida, iluminado por la habitual falsa ventana blanca. La silla ergonómica era aún más cómoda y permitía elegir entre cien tipos distintos de masajes. Pero sobre todo estaba ella, erguida encima de la mesa. Mi pequeña Erato. ¿Cómo se han atrevido a tocarte, mi querida? Han tratado de colocarte en la misma posición que en el anterior despacho, pero no se han resistido y te han bajado un poco la túnica descubriéndote un pezoncito aquí detrás del arpa, esos sátiros. ¿Cómo podían pretender que no me daría cuenta?

## V

A las 11 me llamaron Shiva y Zurvan para acompañarme a otra sala, enfrente de mi despacho.

–Éste es el cuarto del conflicto –dijo ella, al abrir la gran puerta acristalada.

Miré a mi alrededor. La falsa ventana luminosa, una mesa con cuatro sillas, pantallas en las paredes y mucho espacio libre para moverse. Y un enorme pelirrojo de unos treinta y cinco años sonriéndome amablemente desde cerca del techo, por encima de un mentón afilado que se parecía al pico de un pájaro. Nunca había visto a nadie tan alto y tan ancho, ni pensaba que pudiese existir: hasta un jugador de baloncesto parecería un enano a su lado. Me lo imaginé con una armadura metálica y la cabeza de cuervo, tensando un arco con un pene duro y largo como flecha, apuntando a mi entrepierna.

–Ishtar, éste es Ashur Morigan, tu compañero de guerra –dijo Zurvan.

–Ishtar Benten –me presenté, tendiendo la mano hacia arriba. En lugar de estrechármela, Ashur me abrazó al uso de la Agencia de Noticias, doblándose por la mitad para llegar a mi altura. Le sonreí para disculparme, aunque en el cruce de mejillas él no podía verme la cara, y cuando volvimos frente a frente en lugar de darle un beso en el aire se lo estampé en la boca, remediando con el exceso mi torpe frialdad de novata. Sus labios sabían a limón.

–Hoy es un día señalado –dijo Shiva–. Vamos a inaugurar un nuevo programa.

–Y un nuevo equipo –agregó Ashur con una voz empastelada, mirándome con la misma amable sonrisa de antes.

–Vosotros cantaréis, divina Ishtar y divino Ashur, la ira, la guerra y los amores de los selectos héroes y heroínas que cruzarán el mar procurando la gloria –explicó Zurvan–. La isla ya la tenemos. Es una roca en el Mar Caribe con dos pequeños pueblos abandonados en las opuestas laderas del monte. Su nombre será el que queráis darle. Y será vuestra responsabilidad hacer progresar los encuentros y desencuentros entre las dos comunidades, que desembocarán pronto en un conflicto sangriento.

–Tendréis que inventar situaciones imaginativas dentro de un contexto simplificado –precisó Shiva–: tiene que haber un villano, un dictador, causante de la provocación que desencadena la guerra.

–Aunque puede haber héroes justos que luchan por el bando equivocado, por honor o por lealtad patriótica –continuó Zurvan.

–Sobre todo, el conflicto tiene que parecer inevitable, para que el relato sea verosímil –le dio el relevo Shiva.

–Por supuesto, todos los campos y las habitaciones estarán cubiertos por cámaras, y los espectadores podrán elegir qué escena observar.

–Vosotros conoceréis sus votos, a quién están dispuestos a sacrificar en la batalla del día, quién desean que se enamore de quién. Pero por mucho que recen y voten, el destino no lo podrán cambiar, ni podrán preverlo antes de que se cumpla.

–Vosotros lo decidiréis todo –dijo Zurvan con énfasis, entusiasmándose cada vez más, aunque sin perder su elegancia–. Así dominaréis al público en el placer y en el dolor, enganchándolo a la ansiosa espera de lo que pueda ocurrir.

–Pero... ¿habrá personajes de carne y hueso? –pregunté, interrumpiendo el ping pong de los directores.

–Por supuesto –contestó Zurvan–. Todo será real. Nuestras ideas se quedarían en la cueva si los productores, actores, presentadores y medios de comunicación no las proyectaran en el mundo fenoménico.

–Los elegidos tendrán la fama –continuó Shiva–, aunque sólo podrán improvisar en asuntos menores, cuidando de no contradecir vuestro guión ni llamar demasiado la atención con iniciativas propias. Porque la perfección sólo podemos lograrla los dioses, que lo vemos todo desde arriba, que lo sabemos todo.

Fue entonces cuando empecé a entender lo que se esperaba de mí. Y pensar que siempre había despreciado los programas de telerrealidad. Me parecían una ofensa para la fantasía, tanto que no había visto uno en mi vida. Ahora descubría que me había equivocado: detrás de una apariencia de verdad, todo concurso tenía un guión detallado, y para colmo yo misma me encargaría de crear los nuevos... De pronto, me sentí asaltar por una duda angustiosa.

–¿Y... las muertes? –pregunté.

Zurvan se echó a reír:

–Las muertes se representarán con heridas mortales, pero serán ficción, aunque el público llegue a creérselas. El resultado será eliminar al personaje de la isla, tras un funeral en que los amigos y familiares llorarán de veras, porque lo que se añora es la presencia, más

que la vida, y sobre todo porque las lágrimas se las pediréis vosotros para emocionar a los espectadores.

–¡Me encanta la idea! –dijo Ashur, guiñándome un ojo desde su exagerada altura. Yo no compartía su entusiasmo, no todavía. Pero ese trabajo ya no me parecía desagradable. En el fondo, seguía siendo sana ficción, y era un nuevo reto para mi fantasía.

–Me gustaría que las heroínas fuesen igual de fuertes y valientes que los hombres – dije–, y que se dedicara tanto tiempo al amor como a la guerra.

Al hablar, había dirigido mi mirada hacia los dos directores, para dejarle claro a mi compañero que nuestra colaboración futura sería profesional e igualitaria.

Zurvan contestó con una gran sonrisa:

–¡Ésa es precisamente la razón por la cual estás aquí, divina Ishtar! Nos alegra comprobar la facilidad con la que has asumido tu función. En vuestro equipo, Ashur invocará el odio, el Tánatos, el deseo de muerte. Tú, Ishtar, promoverás el amor, el Eros, la pulsión vital.

–Aunque cada uno de vosotros también lleva en su interior la semilla del contrario – precisó Shiva, empezando otro ping pong con su compañero.

–Ese conflicto que lleváis dentro será el aliento vital de vuestros guiones –explicó Zurvan.

–Aunque no descuidaréis otras fuentes de tensión dramática, para que vuestro mundo tenga más dimensiones, aún permaneciendo simple en cada una de sus componentes.

–Por ejemplo, un elemento básico será la lucha entre el bien y el mal.

–¿Pero qué es el bien?

La pregunta de Shiva me pilló por sorpresa. Traté de adivinar qué respuesta esperaban de mí, pero me sentía confundida como en un examen en que hubiese salido el único tema que no había estudiado. Por suerte, Zurvan acudió a rescatarme antes de que me viese obligada a improvisar.

–Para Zoroastro, el bien era defender la verdad –dijo–. Los griegos pensaban que estaba en la belleza o en el conocimiento. Las religiones monoteístas, en cambio, lo encontraban en la sumisión a Dios o en la castidad...

–O en el amor –intervine, aprovechando la fácil ocasión para romper mi pasividad.

–O en el amor –convino con una gran sonrisa Zurvan, que se esmeraba en que yo me sintiera a gusto.



Shiva interrumpió nuestro idilio para volver al tema:

–Hasta que en el siglo pasado se descubrió que la verdad no existe.

–Por eso, más vale decantarse por la ficción –continuó el director propositivo–. Tal como Sócrates y los profetas, los dioses buscamos una verdad dentro de nosotros mismos. Y como hicieron los fundadores de las grandes religiones, ofrecemos nuestra invención a los humanos para darles seguridad, para llenar su vida.

–¿Entonces qué es el bien? –volvió a atacar Shiva.

–Será lo que decidamos Ishtar y yo –intervino Ashur. Podría parecer el alumno empollón que trataba de impresionar a los profesores, si no fuese porque en lugar de mirarlos a ellos mantenía los ojos clavados en los míos, desde la cumbre de la montaña que era su cuerpo.

–¡Exacto! –lo felicitó Zurvan.

–Sin embargo, el público debe creer que lo que ve es real –precisó la directora pronegativa–. Por eso, los dioses tenemos que ocultarnos a los humanos. No pedimos que nos veneren sino a través de nuestra obra.

–Y de su propia vida también –puntualizó a su vez Zurvan–. Pues, sin darse cuenta, cada espectador acabará por imponerse un guión, a imagen y semejanza de alguno de nuestros personajes.

## VI

A Shiva y Zurvan les bastó una mañana para completar mi formación como guionista. Cuando paramos, sentí la mezcla de alivio y mareo de quien acaba de pasar un largo examen. Si el test consistía en demostrar mi velocidad de aprendizaje, lo había aprobado con nota. A la hora de comer ya había digerido las reglas y ganado el derecho de acompañar a mis nuevos colegas al salón para el almuerzo. Allí, entre los abrazos y besos rituales, conocí a los otros guionistas.

Éste es Tapio Tammuz, un hombre juvenil de unos cuarenta años. Su constitución es fuerte, pero en escala reducida: no le echo mucho más de un metro y medio. Tiene cabellos color oro, piel clara bronceada, ojos vivaces algo achinados. Me lo imagino transformado en un cazador, persiguiéndome en un bosque de otoño con un rifle de pene que dispara bolas de esperma. Me da en la cara y me caigo sobre un lecho de hojas secas. Él me alcanza, me ata de manos y pies, me empala y empieza a asarme. Y yo gozo a cada mordisco con que prueba el grado de cocción de mi oreja, de mis pezones, de mis labios de arriba y de abajo.

–Tapio, el siempre optimista, cree en la solidaridad y busca el cambio, el progreso, un futuro mejor –dijo Zurvan.

–Sin embargo tengo raíces antiguas, que se llaman Locke, Spinoza y Keynes –precisó el nuevo conocido con un ligero tartamudeo, encendiendo sus ojos almendrados.

Ésta es Artemisa Lahar, una castaña maternal aunque algo masculina, un poco cifótica, le echo unos cincuenta y la veo convertida en espantapájaros. Con cara angelical de muñeca de paja se ensaña a darme latigazos con un haz de espigas, luego me ata con una telaraña de lana y me penetra con una mazorca de maíz.

–Artemisa, la gran pesimista, cree en el egoísmo. Sus objetivos son la seguridad, la conservación de los valores, el regreso a un paraíso pasado –explicó Shiva.

–Mi tradición es tan antigua como Maquiavelo, Hobbes, Malthus y Smith –dijo Artemisa.

Esta rubia de grandes pechos, ojos alegres y pelo de casquete medio, que me recibe con saltos como quien recupera a su mejor amiga después de una larga separación, es Enki Neith. Tendrá unos treinta años, pero demuestra diez menos en la piel y el espíritu. Me la imagino como una cabra con cola de pez, amamantándome con leche agrdulce llena de

burbujas de oxígeno para que pueda respirar, mientras me arrastra mar adentro. Allí acerca su cabeza caprina a mi entrepierna desnuda, transforma sus labios en una ventosa y se engancha a mi vulva como una tenia.

–Enki la femenina representa el control, la coordinación grupal y el orden planificado –dijo Zurvan.

Y por último, este treintañero maduro con canas precoces, delgado, perilla y ojos algo tuertos es Haddad Hoder. Me extraña y preocupa notar que con él podría imaginar el sexo sin transformación. Pero el vacío no dura mucho, y al fin llega la visión: se ha convertido en truenos y rayos que me caen encima dándome descargas eléctricas que me ponen los pelos de punta.

–Haddad el masculino representa el descontrol, el individualismo agonístico y el genio desordenado –comentó Shiva.

–Señor y amo soy de truenos y relámpagos –dijo Haddad con voz ronca, dedicándome una sonrisa maliciosa. Sus palabras me golpearon como una descarga de mil voltios: ¿era posible que hubiese leído mi fantasía?

Sentada a la mesa redonda, que ya estaba preparada sin que hubiéramos movido un dedo para ello, disfruté de aquel manjar digno de dioses y del placer de compartirlo con tan ingeniosa y divertida compañía. ¡Qué diferencia, comparando con la soledad de Crónica Escrita! Allí cada uno iba a su bola, te hacían llegar la comida a tu despacho y sólo en la pausa café se podía coincidir con otro colega, quizás para poner a prueba al menos en esos veinte minutos tu talento como posible guionista. Aquí, incluso las horas de trabajo eran compartidas: estaba claro que formábamos equipos de dos, que representábamos los polos de algún conflicto. ¿Pero de qué se ocupaban las otras parejas? Se lo pregunté a Haddad, el de los truenos y rayos, que se sentaba a mi lado.

–Yo reparto euforia y emoción –contestó, evasivo.

Ya sabía que teníamos prohibido hablar de trabajo con los demás, pero entre nosotros no me resultaba que hubiese consigna de secreto. Pensé que quizá no era el momento y no insistí, aceptando cambiar de tema. Ahora la conversación iba de una fiesta.

–Es mañana por la noche –me explicó Zurvan desde el otro lado de la mesa–. Marduk nos invita a todos los guionistas, junto con la mejor sociedad.

Haddad se volvió hacia mí mirándome el lóbulo de la oreja con el ojo izquierdo y los labios con el derecho.

–Te prometo que habrá truenos y relámpagos –dijo.

Pensé que en Crónica Escrita sólo había un par de fiestas al año, en casa de Nergal, sin más invitados que nosotros, por supuesto sin Marduk, nuestro gran productor, el propietario de la Agencia, al que no había podido conocer personalmente hasta la fecha. Sin embargo, aunque en las reuniones con mis ex compañeros no había truenos ni relámpagos, me sorprendí deseando que encontraran la manera de avisarme de la próxima aunque yo hubiera cambiado de Departamento.

–¿Dónde es la fiesta? –pregunté.

–En el castillo –contestó Ashur, con un tono de «porsupuesto».

–¿Qué castillo?

Para mi desconcierto, todos mis compañeros se echaron a reír.

–¿Tú no vives en Olympus Hill? –dijo Enki, con la voz animada de quien acaba de descubrir a un extraterrestre–. Todos nosotros vivimos allí. ¿Por qué no te mudas tú también?

–¿Al castillo? –pregunté, sorprendida de que todos vivieran juntos.

Otras risas.

–No, ¿qué has entendido? –repuso Enki–. El castillo es de Marduk. Está en la cumbre de la colina.

–Vivimos cerca –explicó Ashur–, pero cada uno en su pequeño castillo.

–Vamos, cariño –insistió Enki–. Múdate a Olympus Hill. ¡Porfa!

## VII

Corría mi motohuevo hacia mi casa mientras la tracción anterior de mi mente se mudaba al castillo de mi nueva vida dorada y la rueda trasera del corazón se plantaba esperando a Utu. Y subía mi motohuevo la cuesta con el piloto automático puesto y yo preguntándome si en la cumbre del éxito encontraría la estación de la felicidad. Ya cruzaba mi motohuevo las lozanas calles de Valhalla, el pueblo que había hospedado un año de mi plateada soledad, cuando volví al presente para preguntarme si era cierto, si era verdad que todo había cambiado.

Entré en el caminito de mi casa contemplándola como si tuviese que despedirme ya de ella. Era un edificio como los de las películas clásicas. Incluso el techo tenía el aspecto familiar de las series antiguas, aunque yo sabía que las tejas eran fototermovoltáicas. Había sido mi primera casa, después de los minúsculos apartamentos de estudiante, desde que a los diecisiete años había dejado la familia para ir a la universidad. El primer hogar de mi propiedad... bueno, que sería del todo mío al extinguir la hipoteca en pocos años, gracias a mi buen sueldo. Sentí que le tenía afecto, pese a la soledad con la que había compartido sus cuartos. Miré en el escáner ocular con los ojos húmedos y el garaje me acogió en su vientre como una madre de las películas antiguas a la hija que vuelve después de fugarse.

## VIII

Ya en el vestíbulo, recogí los dos buzones de la compra que estaban insertados en el portón principal y los llevé a la cocina: el contenido del frigorífico lo pasé directamente a la nevera, sin preocuparme de controlar si la empresa distribuidora había satisfecho enteramente mi pedido; pero cuando iba a vaciar el otro en la despensa me pareció oír un golpe desde el piso de arriba.

¿Había alguien? ¿Cómo había podido entrar sin que saltara la alarma? Por si acaso, agarré el móvil, preparada para llamar a la policía, y me quedé a la espera concentrando toda la sangre en los oídos. Después de un par de minutos sin nuevas señales, fui sigilosa al vestíbulo, miré hacia arriba desde el pie de la escalera y comprobé que la alarma estaba encendida en la caja de mando. Si había algún ladrón, sólo podía salir por una ventana, o bajar por los peldaños que yo mantenía bajo mi campo de visión mientras mi pulgar estaba preparado en el botón del móvil. Me confortaba saber que la policía tardaría pocos minutos en llegar, pero pensé que el criminal podría tratar de salvarse tomándome como rehén. Ahora, sin embargo, la tecnología acudía a mi ayuda. Inserté el código, puse la visión de pantallas múltiples y di marcha atrás, para ver si alguien se había acercado al edificio en las últimas horas. Justo entonces, apareció la chica en el peldaño más alto de la escalera, con los brazos levantados en señal de rendición.

–Por favor, no llames a la policía –suplicó lloriqueando.

Iba a apretar el gatillo del móvil, cuando la intrusa pareció tener un espasmo, se dobló sobre sí misma y echó a rodar por las escaleras hasta quedarse tendida a pocos pasos de mí. La sorpresa pudo más que el miedo y me quedé con el dedo paralizado, observando cómo la chica seguía retorciéndose en convulsiones violentas, dándose golpes en el suelo que parecían dolerme más a mí que a ella. De pronto se paró y se quedó boca arriba a mis pies con una mirada despavorida y los labios mojados de espuma.

–Por favor, no llames a la policía –repitió.

–Voy a llamar a un médico –dije.

Solo entonces ella pareció darse cuenta de que estaba en el suelo con los huesos dolidos.

–¡No! No tengo seguro. Sólo ha sido un ataque de epilepsia.

Aun hoy, sabiendo todo lo que ha desencadenado mi encuentro con esa muchacha, me pregunto por qué en aquel momento me conmoví como quizás no lo había hecho nunca en mi vida anterior. Aun hoy, se me vuelven a humedecer los ojos de la ternura que probé entonces, al verla con ese par de granitos de acné juvenil, tendida en el suelo llorando como una niña. Incluso apoyé el móvil en la mesilla, me agaché a su lado y empecé a acariciarle el pelo para tranquilizarla. ¿Por qué lo hice? ¿Por qué no se me ocurrió que con aquella escena ella me podía estar engañando, que podía tener algún cómplice arriba esperando el momento mejor para asaltarme? ¿Acaso algo dentro de mí sabía que ella iba a cambiar mi vida? Sentía cómo se rendía a mis caricias, cual gatita rescatada de un largo abandono, y me entregué como una niña que recupera a su mascota después de creerla perdida para siempre. Y en medio del aquí y ahora, mi fantasía se había esfumado: no podía imaginar ninguna transformación erótica de la nueva conocida.

–Perdóname, Ishtar –dijo cuando logró controlar los sollozos.

¿Cómo sabía mi nombre? En la puerta de casa sólo aparecía el número. Claro, podía haberlo leído arriba, en algún documento en mi mesa de trabajo... La miré a los ojos... ¡y me quedé de piedra!

## IX

Ahora estábamos sentadas las dos frente a frente en el suelo del vestíbulo. Yo había dejado de acariciarla y seguía pasmada, mirándole esos iris que aun siendo castaño corriente me parecían extraordinarios.

–Ah, claro, los ojos. Es cierto. Son tuyos –dijo, poniendo el índice en la ceja derecha y el pulgar en la ojera para abrir al máximo las pestañas. Luego, con los dedos de la izquierda, se pellizcó el cristalino y retiró una pequeña membrana coloreada.

–Es así como he podido entrar –agregó, ofreciéndome la lentilla.

La recogí y la examiné en la palma de mano.

–Es... ¿mi huella ocular? ¿Cómo la has conseguido? –pregunté con un grito de angustia. De pronto, me volvieron a la mente los imprudentes videochat con extraños de mi adolescencia. Alguien podía haberse quedado con mi imagen, y encontrado una manera para imprimir las líneas de mis ojos en una lentilla. Pero, aunque ella hubiese conseguido mi huella de esa manera, ¿cómo podía haber descubierto mi identidad? ¿Cómo había encontrado mi dirección? En los cajeros y en la administración, además de la identificación ocular, siempre se usaba un código de seguridad que ella no podía conocer. Y yo estaba segura de que, en los arriesgados tiempos de mi juventud navegadora, nunca me había dejado escapar el nombre verdadero, ni ningún otro dato real. Y... ¿si ella era una policía? Así podía haber conseguido mi huella. Pero en tal caso, ¿por qué toda esa puesta en escena? ¿Y por qué registrar mi casa?

–Las he robado del sitio de la Agencia de Noticias, junto con tu nombre y tu dirección. Soy una pirata –explicó.

Esa sí que era una noticia. ¿Cómo podía una simple mortal violar los secretos de los dioses? ¡Esa jovencita indefensa, que no tendría ni veinte años! La Agencia tenía los mejores informáticos a su servicio... La miré otra vez, pero fijándome en su ojo verdadero, que también era castaño corriente, aunque no era igual al mío. Y me convencí de que su explicación, por increíble que pareciese, era la más razonable. Tal vez la muchacha no era tan indefensa. Incluso podía ser muy peligrosa.

–¿Qué querías de mí? –pregunté, levantándome y volviendo a armarme con el móvil.

–Sólo quería robar.



No pude evitar estallar en una risa. Sólo quería robarme.

–En el sitio de la Agencia ponía que saldrías más tarde –agregó ella. Pensé que eso era cierto: aquel día yo había vuelto una hora antes, tras convertirme en guionista. Ella debía de haber pirateado mis datos antes de mi ascenso.

–¿Y qué has encontrado en mi casa? –pregunté.

–Nada –dijo.

No le creí.

–Desnúdate –me oí ordenándole.

–¿Cómo?

–¡Que te desnudes!

Su mirada viajó de la sorpresa a la malicia. Estaba muy equivocada. Lo que yo planeaba era justo lo contrario: quería registrar su ropa sin tener que cachearla. Sin embargo, ella aparentaba divertirse con su striptease y se recreó en una pequeña danza al quitarse el sujetador y las braguitas. Tenía un cuerpo más bien pequeño, firme y delgado, cadera poco ancha y escaso pecho. De todo aún menos que yo. Aun así, no carecía de encanto. Al quedarse en cueros dio un lento giro para que la pudiera ver desde todos los lados. Pero yo ya había recogido su ropa y la estaba examinando. No llevaba encima ni siquiera un móvil. Sólo encontré una pieza de plástico pequeña como una uña.

–¿Qué es esto? –pregunté.

–Es mío –gritó, alargando de pronto la mano para quitármelo. La esquivé y le apunté con mi móvil, haciéndole señas para que diera un paso atrás mientras yo abría la pieza.

–Es un módulo de memoria –dijo.

–Ya lo veo.

–Por favor, déjame.

–Antes quiero explorarlo.

–Está bien, lo confesaré todo. He copiado los datos de un módulo tuyo. Pero el original te lo he dejado donde estaba.

¿Cómo no me iba a enfadar? Copiar mi memoria era mucho peor que violarme: era secuestrar mi pasado, mis ideas, mi persona, mi vida entera... Y mis datos, por supuesto. ¿Qué iba hacer con todo eso y con mis ojos?

–¿Y querías que te dejara llevártelo? –casi grité, amenazándola con mi arma telefónica–. Dime la verdad de una vez: ¿Quién eres? ¿Qué querías de mí? ¿Destrozarme?

–No, no. No quería hacerte ningún daño. Se suponía que ni te enterarías.

–Entonces, ¿para qué querías mi memoria?

–Sólo quería conocerte.

–¡Ya basta de mentiras! –grité, determinada a apretar el gatillo.

Ella se echó de rodillas al suelo con las manos juntas en plegaria teatral.

–¡Espera! Te contaré todo, haré todo lo que digas pero, por favor, espera antes de llamar a la policía –suplicó, hablando muy rápido–. Si tienes miedo, átame para interrogarme mejor. Tortúrame si quieres. Sólo te ruego que me escuches antes de entregarme. Átame con el cinturón de mi pantalón, o con el cordel de esa cortina, o con lo que quieras, pero por favor, átame.

Entonces se tendió en el suelo boca abajo, juntando las muñecas detrás de la espalda. Hice lo que pedía.

–Más fuerte, para que no pueda soltarme –dijo.

Apreté un poco más el cinturón, rematando con un triple nudo.

–Los pies, átame también los pies, para que no pueda moverme.

Le obedecí. Otra vez me pidió apretar más fuerte el cordel, casi hasta sacarle la sangre de los tobillos.

–Gracias –dijo. Se dio la vuelta y logró sentarse contra la pared, apoyando los pies juntos en el suelo y separando las rodillas, mostrando así la total desnudez de su delantera. Su vulva depilada me miraba descaradamente con los labios mayores morados destacando contra el claro vientre.

–¿Quién eres? –pregunté otra vez.

–Me llamo Arianne. Soy ladrona de memoria.

## X

–¿Qué quieres? –pregunté.

–Busco la verdad y no la encuentro en ningún sitio.

Me reí con disgusto.

–¿Por eso me has estado mintiendo tanto?

–A veces tienes que mentir por amor a la verdad.

Su respuesta me sorprendió. La muchacha no era para nada indefensa, y no cabía duda de que seguía ocultándome su verdadero móvil.

–¿Tú no mientes nunca? –contraatacó Arianne.

–Yo no voy pirateando datos, robando huellas y allanando casas.

–¿Nunca has robado la verdad?

–¡No!

–En tus noticias, ¿lo que cuentas es todo cierto?

Otra sorpresa. ¿Sería posible que ella conociese el secreto de la Agencia? Estaba segura de que en la Red no quedaba constancia de que las noticias de Crónica Escrita eran inventadas. Y yo no iba a traicionar a mis antiguos compañeros ahora, ni mucho menos con esa listilla, que olía cada vez más a espía. Además, no podía haber nada malo en ofrecer un bonito cuento a los lectores. Mentir sería contar un hecho cambiándolo deliberadamente, aunque fuera para hacerlo más atractivo. Eso es lo que hacía el periodismo antiguo. Justo para no mentir ni perjudicar a nadie, las noticias de Crónica ya habían dejado el aburrido ámbito real para crear un mundo ficticio que fuera también el más interesante o el más sexy de los mundos posibles. El criterio de verosimilitud que nos imponíamos garantizaba que nuestras historias fueran aún más reales que la realidad. Además, ella no sabía que yo ya no trabajaba en Crónica Escrita. Los guiones que íbamos a crear Ashur y yo sí se concretarían en el mundo físico, al ser interpretados por actores de carne y hueso.

–Por supuesto que lo que contamos es cierto –dije, con toda mi buena fe. La miré a los ojos y noté que el izquierdo seguía siendo el mío–. Explícame qué haces con la memoria que robas.

–La exploro en busca de algún diario personal, alguna nota sincera que uno sólo pueda confesarse a sí mismo.

–¿Cómo esperabas salirte con la tuya? ¿Qué pensabas hacer con las cámaras de seguridad?

–Si hubieras vuelto a la hora prevista, no habrías notado nada fuera de sitio, ni habrías mirado la grabación del día entero en la casa vacía. Y sin tu denuncia, la policía no habría perdido tiempo persiguiéndome en los registros de las cámaras callejeras.

–Dime una razón para no denunciarte.

–Aún tienes mis datos, mis imágenes allanando tu morada en la memoria de tu alarma y en las de la calle. Estoy en tu poder. Si me perdonas, seré tu esclava, sabiendo que me puedes denunciar si no cumplo. Cuando lo desees, te daré mil caricias y ronronearé bajo las tuyas. Robaré por ti, si me lo pides.

Pensé que había una cosa que sí podía hacer por mí.

## XI

Allí estaba yo, aceptando su pacto, desatándole manos y pies. Recuerdo que sentí un extraño placer al revelar los surcos rosados alrededor de sus muñecas y tobillos, y pensé que aquéllas eran las marcas de mi propiedad sobre esa criatura que me miraba mansa y desnuda a la espera de mis órdenes.

La hice vestir y le pedí mi primer deseo. Ella me contestó con una mirada de triunfo y me siguió por la escalera al piso de arriba. Y aquí estamos, las dos sentadas en mi despacho casero, entrando en el mundo virtual tridimensional. Nos mudamos a un barco pirata que se mueve rápido para que no puedan identificar la dirección de mi conexión si nos detectan. Desde allí, Arianne agarra más fuerte el timón y volvemos a embarcarnos para atracar el servidor seguro de la Agencia, una correría rápida para evitar que las defensas nos descubran, pero suficiente para llevarnos el tesoro.

Utu Balder. Datos, huellas, vida laboral.

–Sólo quiero averiguar una cosa –digo, para justificar mi primer crimen informático–. Por favor, date la vuelta.

Con otra sonrisa triunfal, mi cómplice celebra su misión cumplida y parece echarme en cara que ya soy como ella.

–Sólo puedes bajar un fichero, y en veinte segundos debes salir y cortar tu conexión a la Red, si no quieres que descubran la intrusión –me avisa, dándose la vuelta.

Copio rápido la dirección de correo de Utu y entro en la carpeta de sus noticias, clasificadas como las mías en mi Intranet: Usadas; Viernes 9; Sábado 10; Domingo 11; Lunes 12. Entro en la de hoy, viernes 9: hay un archivo con fecha de ayer. Lo bajo rápido y enseguida me desconecto.

El tesoro es una noticia que no aparecía en las publicadas esta mañana, titulada «Chalets en el Paraíso»:

«Parece un anuncio publicitario de los que se usaban para promociones de lujo en la Golden Coast. Pero John Paul Benedict (nombre ficticio de persona real), director de la inmobiliaria 'Indulgencia Plenaria' (nombre ficticio de empresa real), aclara que la oferta hay que entenderla en sentido literal. 'Hemos conseguido un contrato en exclusiva con San Pedro

para construir en el auténtico Paraíso', afirma, enseñando planes y fotos de espléndidas villas con piscina en urbanizaciones celestiales. ¿Y si el cliente compra el chalet y al morir no se le admite en el cielo? ¿Se prevé una devolución en tal caso? ¿Se puede cobrarla en el Infierno? Ningún problema, según lo explica Benedict: 'Al comprar uno de nuestros chalets, el cliente se asegura también una plaza en el Paraíso, con todas las garantías para la eternidad'. ¿Significa eso que se puede comprar la salvación eterna? 'Por supuesto. Incluso el pecador más empedernido puede adquirir una finca en el Paraíso, si paga'. Perdona, pero ¿no era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja, antes que un rico entrara en el Reino de los Cielos? 'Mire, esa frase se ha malinterpretado. Es cierto que la puerta del Paraíso es más estrecha que el más nimio agujero. Pero el alma, incluso la del hombre más rico del mundo, es tan sutil que puede atravesarla sin problema. Sólo después de entrar en el cielo vuelve a juntarse con el cuerpo que tenía en la edad de su máximo esplendor. Y las puertas de nuestros chalets son tan amplias como para que las puedan atravesar dos camellos al mismo tiempo. Además, nuestra oferta no vale sólo para los ricos, sino que es especialmente conveniente para los menos pudientes, que de hecho son nuestros clientes más numerosos. Eso lo conseguimos ajustando el precio al salario del comprador, que puede pagar a plazos durante toda la vida. El mínimo, para un chalet pequeño y sin vistas a Dios, es un 5% del sueldo. Y para los que no tengan trabajo ni ningún tipo de recursos, tenemos una promoción de pisos en el Infierno, un entorno que seguramente les resultará más familiar. El precio es asequible para todo el mundo, y en este caso se cobra tan sólo después del fallecimiento. Basta con hipotecar el alma.'

Tanto si esta vida nos sonrío como si nos hace llorar, es reconfortante saber que todos tenemos una eternidad de lujos al alcance del bolsillo. UB.»

## XII

Ésa era, pues, la noticia que tenía preparada Utu ayer. Se reconoce su mano, pero esta vez siento que hay algo extraño, algo distinto. En Crónica Escrita, el mayor problema suele ser el de justificar que la noticia no sea verificable. Por convención, se sobrentiende que se ocultan los nombres y lugares reales, con la excusa de la ley de protección de datos y de la norma de confidencialidad de las fuentes. Pero en este caso hay una entrevista, y un lector crítico podría preguntarse por qué el llamado señor Benedict no ha dado su consentimiento para la publicación de los datos de su empresa. Aquí, Utu podría acogerse a la segunda excusa: la Agencia no hace publicidad encubierta. Para eso, ya están los anuncios explícitos al margen de las páginas de las noticias. De acuerdo. Pero ¿y si a un lector se le ocurre buscar en la red «Chalets en el Paraíso» junto con la palabra clave «Inmobiliaria» o «Promotora»? Si no encuentra ninguna empresa que responda a la descripción del artículo, puede llegar a sospechar. Quizá por eso Nergal decidió no publicarlo, aunque a veces ha dejado colar piezas igual de inverosímiles. Pero siento que hay otra razón por la cual esta noticia me resulta estridente... ¡Ya entiendo! La historia tiene un contacto peligroso con la realidad: ¡Olympus Hill, la urbanización de los dioses, existe de veras, aunque está en este mundo y parece ser mucho más exclusiva que el auténtico Paraíso! ¿Sería posible que Utu lo supiese, sin pertenecer a los elegidos? Yo misma, antes de mi ascenso, no tenía ni idea de su existencia. A lo mejor se trata de una casualidad, suficiente sin embargo para que no le publiquen la noticia.

Pero eso no es todo. El artículo está plagado de humor, que quizá no es tan inocuo como piden las reglas de Crónica Escrita. Es como si Utu pretendiera experimentar otra manera de hacer periodismo... Y eso puede que no le haya gustado a Nergal. Qué lástima: debo confesar que la noticia me gusta. Pero no puedo decírselo ni al mismo Utu: se supone que sus «Chalets en el Paraíso» sólo existen en la caja de seguridad del sitio de la Agencia... Además ¿cuándo y cómo iba a hablarle, si ya trabajamos en pisos distintos y no puedo acceder al suyo? Lo que sí puedo hacer es enviarle un correo. Espero que no se pregunte cómo he conseguido su dirección. Sobre todo que no me lo pregunte a mí. Lo más lógico es que dude de habérmela dado él en alguna pausa café... Y ¿qué le escribo? «Hola Utu, ¿qué tal? Yo estoy bien, me he cambiado de trabajo», ¿podré decírselo? Lo que tengo prohibido es

explicarle lo que hago ahora. Al no volver a verme por el salón café, ya irá descubriendo poco a poco que he dejado Crónica Escrita. Así que creo que eso sí puedo decírselo. «¿Te apuntas a un cafelito uno de estos días?» ¿Dónde lo puedo citar? Y ¿de qué vamos a hablar, ya que no puedo contarle mis novedades? Pues claro: nos inventaremos nuevos temas. Sí, tendremos una cita de película, tal vez puedo ir pensando en el guión... «Besos, Ishtar.» ¿Se lo envió?

–¿Puedo darme la vuelta ahora? –preguntó Arianne.

Me sobresalté, pues me había olvidado de ella. Cliqué Enviar como si estuviera robando, apagué el ordenador y me levanté.

–¿Quieres que me vaya? –dijo Arianne.

–¿Vives lejos?

–En Manhattan.

–¿Cómo has venido?

–En tren.

En tren hasta Manhattan, por la noche, una chica sola. La miré y me di cuenta de que podía imaginarla arriesgando su vida en tal travesía. Pensé que debía de haberlo hecho ya varias veces, como tantas personas que no tenían mi suerte. Mujeres que sabían que cualquier día podía ser el último, o el comienzo de un destino aún más miserable. Gente que yo no conocía, pero cuya existencia daba por supuesta desde que de niña me habían enseñado a evitar los peligros. Pensé que nada ni nadie me obligaba a ofrecerle asilo por una noche. También era cierto que mi casa era grande, que yo estaba sola y tenía una habitación para los huéspedes, además ella era mi esclava. Pero ¿podría dormir tranquila con ella bajo el techo? ¿No se levantaría en medio de la noche para recuperar la memoria que ya había tratado de robarme?

–¿Entonces puedo irme? –dijo.

Ahora parecía que era ella quien quería marcharse. Mi estómago gruñó, sugiriéndome preguntarle si quería cenar antes. Como terminé la frase, entendí dos cosas: que le había hecho una oferta, en vez de darle una orden; y que, si se quedaba, ya se haría demasiado tarde para dejarla ir antes de la mañana siguiente.

–La verdad es que tengo hambre –sonrió ella–. Si quieres preparo yo, ya que soy la esclava.



Dejé que me acompañara abajo, echamos los ingredientes en el cocinero automático, y me sorprendió comprobar que ella nunca había usado uno.

### XIII

Diosa del amor y ahora también de la guerra, ni tú puedes dormir con tantas novedades. Te levantas recordando tu ascenso, acudes al espejo con el nombre de Utu en los labios, pero ves el cuerpo desnudo de una joven mujer, y es Arianne quien te está mirando, como si ella te hubiese realmente robado la memoria de ti misma, aunque la hayas encerrado con llave en la habitación de huéspedes para impedirselo. Deslizas las manos en tus pechos, en tus caderas, en tu sexo, y es su piel la que están tocando, es ella quien está devolviendo tus caricias. ¿Es así como vas a hacerlo esta vez? Los dedos aprietan el botón, pero el motor no acaba de arrancar. Entonces cierras los ojos y vuelve a aparecer Utu, y Haddad con sus sonrisa pícara, los dos con Arianne recorriendo tu cuerpo, tirando de todas las palancas. Pero el avión no quiere despegar. ¿Y si Arianne te ha robado también la fantasía? ¿O es que la nueva guionista ya necesita actores de carne y hueso? Abres los ojos y allí, apoyada en la mesilla de noche, se te manifiesta la llave que te podría entregar a una esclava sumisa. No la coges. En cambio agarras el móvil, pero el oráculo no tiene correos de Utu. ¿Qué importa? ¿Qué importa? ¿Qué importa? Vuelves a la cama decidiendo que no estás enamorada y que, aunque tu vida se haya revolucionado, no ha cambiado nada: tú eres la única dueña de ti misma. Entonces ¿por qué sigues despierta? ¿Es que no puedes dormir sin tomar tu infusión de placer?

## SÁBADO 10

I

Avanzaba en un laberinto de túneles con una antorcha en la mano, cuando encontré una salida, que en realidad era la entrada de una amplia sala. En una mesa en el centro del espacio vacío había un sarcófago. Me acerqué y en su máscara dorada reconocí el rostro de Utu, con sus almas azules pintadas. Acaricié el frío metal y el sepulcro se abrió. Entonces me desperté, y ésa ya era una noticia, porque demostraba que al fin sí me había podido dormir. Atravesé otra vez el laberinto con los ojos entrecerrados y volví a abrir el sarcófago de mi móvil, pero no había ni momia de Utu. Como mi correo no me había sido devuelto, no había razón para dudar que él lo hubiese recibido. ¿Era posible que no quisiera contestar a mi invitación?

Peor para él. Porque esta noche me espera una fiesta exclusiva, y mi cuerpo ya se despierta bajo la ducha, se seca con una toalla, se humedece de crema hidratante, enreda los dedos en los pelos del pubis, se pregunta cómo quedaría sin ellos, se los llena de espuma blanca como nata. Parece una tarta, sólo faltaría clavar una vela en el medio. Pero mi mano ya pasa la cuchilla, el agua y la crema hidratante y he aquí otra segunda cara, un poco menos morada y al mismo tiempo más redonda que la de Arianne. Me pongo mi albornoz rosado y bajo por la escalera, perdón, se me olvidaba, vuelvo a subir para liberar a mi prisionera.

## II

–¿Y quién va a redactar la próxima noticia de Trasfondo Sexual? –preguntó Arianne, mojando la tostada en el café con leche.

Enseguida me di cuenta del error que había cometido al decirle que tenía el día libre.

–Hay un turno especial para ello –mentí.

No podía confesarle que en Crónica Escrita se dejaban preparadas las noticias del fin de semana con varios días de antelación, para que se fueran sacando poco a poco hasta la mañana del lunes como si fuesen frescas. Sábado y domingo sólo trabajaban los del Departamento de Actualidad, los únicos que se ocupaban de la cruda realidad... Recordé que mi anterior Intranet contenía noticias para publicar hasta el lunes: Nergal podía aprovecharlo para instruir a mi sustituto mientras tanto, quienquiera que fuese. Qué pena me daba pensar que a partir del martes no quedaría rastro de mí en Crónica Escrita...

–El fin de semana pasado vi noticias firmadas IB. ¿Eran tuyas? –dijo Arianne descuidadamente, mientras con tenedor y cuchillo iba recortando una cara en otra tostada.

La miré, sorprendida. Le brillaban los ojos como a una niña que empieza un nuevo juego. ¿Era posible que sospechara algo?

–El fin de semana pasado me tocó turno a mí –volví a mentir.

–Pues debes de estar muy cansada.

–¿Por qué debería...?

–Llevas un año haciendo turnos todos los fines de semana.

–¿Cómo...? ¿Has seguido mis noticias todo este tiempo?

–Me gusta lo que escribes. Por eso quería conocer tu memoria –explicó Arianne, acabando de comerse la cara tostada.

–Pues tienes razón, estoy muy cansada: cuando tengo el día libre, me toca turno por la noche –rectifiqué, pensando que ella podría ver mis noticias al día siguiente. No podía arriesgarme a que la chica descubriese nuestro secreto. No tanto por temor a que lo traicionara: aunque ella gritara en la calle que las noticias eran inventadas, difícilmente conseguiría otro resultado que acabar en un psiquiátrico. Cierto era que podía tratar de colar la denuncia en Internet, de forma anónima, evitando la Red Social, que pertenecía a la Agencia. Tal vez una pirata como ella lo podría conseguir sin que la identificaran. Pero para

encontrar su mensaje entre el océano de información habría que deletrearlo tal como era: sólo quien ya sospechara de las noticias podría enterarse de su teoría. Y el motor de búsqueda, que también pertenecía a la Agencia, reconocería sus peligrosas palabras clave y lo censuraría, a la espera de que nuestros informáticos lo examinaran. Mientras tanto, el público seguiría leyendo nuestras noticias, que se reproducían en todas las páginas más visitadas porque eran las mejores, las más fantásticamente verosímiles. Por muy pirata que fuera Arianne, no podía imaginarme que representase un peligro capital para nuestra empresa. Aun así, me preocupaba evitar que la Agencia se enterase de que nuestros secretos se habían filtrado a una persona ajena, y me culpase a mí por ello. Ése sería mi fin.

–Como soy tu esclava, si me lo ordenas me creeré todo lo que digas –agregó Arianne con una gran sonrisa, levantándose para recoger la mesa.

### III

Cuando me quedé sola, volví a conectarme y recorrí las noticias del día. Allí están, procedentes de nuestra Agencia, flotando en el espacio tridimensional entre la pared y yo: «¡Sí, queremos! ¡América quiere soñar! ¡América quiere cambiar!», dice el pálido rostro sonriente del candidato demócrata Barry Alabama mirando directamente a la cámara. «Dios ya ha elegido: ganará la misma América a la que le dio la victoria hace cuatro años», le contesta morena la Presidenta Sarapal Somoza hablando desde la Casa Blanca. Paso, sin preguntarme a quién elegiría. La siguiente vista previa me traslada más al Sur: «México ya vota el domingo, con el candidato de la oposición protagonizando el cierre de la campaña», cuenta una espléndida presentadora por encima de un generoso escote. Aparece una plaza gritando: «¡Que viva Villa, qué maravilla!»; y una calle respondiendo: «¡Si gana Villa, qué pesadilla!». Paso, así como evito abrir los demás vídeos de Actualidad: las últimas amenazas del terrorista Fidel Guevara; las novedades deportivas; las imágenes del huracán Marilyn asolando Florida, con el inevitable recuerdo del trágico antecedente de Amanda. Ni me molesto en leer los títulos de toda esta aburrida realidad. Siguen los servicios sobre famosos de las series. Paso, aunque me pregunto si aquí en un futuro se hablará de los héroes de la guerra que inventaremos Ashur y yo.

Llego a la sección de Crónica Escrita, el triunfo del pensamiento sobre la materia, y me invade la nostalgia. ¿Qué importa si por cada lector de estas noticias hay decenas de espectadores de las otras? Nosotros creamos... quiero decir, yo creaba y mis ex compañeros siguen creando cientos y miles de fantásticos universos, frente al único patético monolítico mundo que reproduce el Departamento de Actualidad.

«¿Tienen garras los extraterrestres?». Este título ya es más interesante. Dan ganas de leer la noticia: «Yul Vern y Asa Imov (nombres ficticios de personas reales), jóvenes astrobiólogo y astrofísica, no podían creer a su ordenador. Llevaban dos años codo con codo analizando las ondas electromagnéticas anómalas captadas por los satélites orbitales, y todas y cada una de las alarmas se habían revelado incoherentes productos de explosiones estelares o de choques de galaxias lejanas. Los alienígenas habían dejado de poblar incluso sus sueños, en los que volvían a encontrarse uno a otra cada vez más a menudo, olvidando sus propósitos profesionales. De no ser por la atracción recíproca inconfesada que iba brotando en sus

tímidos corazones, las largas horas de análisis de datos siempre iguales se les habrían antojado eternas. ¿Se lo digo o no se lo digo? ¿Y si le doy una caricia, aunque sea en el dorso de la mano, aunque sea con el dedo meñique? Cuántas veces él estuvo a punto de soltar un astropiropo como: ¿Qué me importan las estrellas, si tú estás a mi lado? Cuántas veces ella resistió la tentación de quitarle las gafas, cogerle las mejillas entre sus manos y besarle esos labios que le calentaban el corazón más que mil soles. En estas dudas estaban también el día en que el ordenador identificó un positivo: una señal de procedencia extraterrestre demostraba un grado de organización que sólo podía deberse a un emisor inteligente. Los ojos de Asa y Yul volvieron a encenderse con el brillo de las estrellas. La señal parecía tan compleja, como para llevar imagen y sonido. Siguiendo el protocolo previsto, el ordenador empezó los primeros intentos de decodificación, tratando las ondas electromagnéticas como una televisión analógica. Por supuesto, nuestros científicos no esperaban que esa estrategia ingenua funcionara, pues nadie garantizaba que los alienígenas usaran un sistema de comunicación tan parecido al nuestro. La proyección bidimensional ofreció una imagen caótica, confirmando sus expectativas. Sin embargo, al pasar a tres dimensiones no pudieron reprimir un grito de horror y se echaron uno en los brazos de la otra, alejando sus cuerpos del holograma en movimiento. Un alienígena de piel muy roja, con garfios puntiagudos y cabeza que parecía un cruce entre la de una cucaracha y un ser humano, se dirigía a una desconocida audiencia en un idioma incomprensible hecho de pitos y crujidos. Cuando Yul y Asa recuperaron el control de sí mismos, decidieron que no era el caso de asustarse tanto por una imagen, por muy espantosa que fuese. Era el momento de celebrar el descubrimiento que tanto habían deseado. Pero sus manos ya habían conquistado el contacto y no se soltaron ni para descorchar el champán. Ya han fijado la fecha de la boda, esperando que nuestros gobiernos y ejércitos sean igual de solícitos en prepararse, por si a los alienígenas rojos se les ocurre atacar la tierra. SN»

La noticia es correcta, acorde con las normas y recomendaciones de estilo de Crónica Escrita. No podría ser de otra forma, puesto que la firma Sokar Nergal, el director, que se ocupa de inventar actualidad científica. A mí me cuesta considerarla verosímil, pero ya sé cuál sería su objeción: nuestra impresión cuenta poco, pues nosotros sabemos la verdad. Lo que cuenta es que la gente tiende a creer cualquier resultado que se atribuya a la ciencia. Si además el relato se acompaña con llamamientos a emociones como el miedo, el lector queda aturdido y dispuesto a aparcarse su razón. En este caso, tal suspensión del espíritu crítico se

persigue también con la historia de amor... que por otra parte es muy recatada y sólo se usa como recurso accesorio. Reconozco que es difícil proponer un nuevo descubrimiento científico cada día y presentarlo siempre de una manera amena para mantener el interés del público. Nergal es sin duda muy bueno, no por nada es el director del Departamento. Aun así, creo que le falta la chispa que sí tiene Utu.

Ahí va mi noticia del día: «El último festín de la vampira». Me alegra que sigan publicando las historias que había preparado antes de dejar Crónica Escrita: así el cambio me parece menos brusco. Pero la nostalgia insiste y no me deja pasar página sin releer mi creación: «En una oscura carretera secundaria, lejos de las cámaras callejeras que protegen nuestras ciudades, una silueta femenina se ofrece a las luces lúbricas de los viajeros. Puede que lleve mucho tiempo esperando. Quien va acompañado pasa de largo, como aquel vehículo que ya se va alejando, pero no, de pronto da un frenazo, vuelve marcha atrás. Es un coche antiguo de cuatro ruedas, de esos que se suelen usar como taxis colectivos atiborrados de pasajeros. La ventanilla trasera baja y desde la penumbra una voz suelta un Cuánto..., luego se corrige, entendiendo que cómo va a ser una prostituta, en este lugar desierto, y dice Qué, cómo... Hasta que al fin decide que no importa lo que le pueda haber pasado a esa chica para que esté haciendo dedo en este sitio a estas horas, cuando lo interesante es lo que le pueda pasar a partir de ahora. Entonces se abre la portezuela trasera con un ¿Adónde...? Al entrar, la chica descubre que en el vehículo sólo viajan tres machos, dos en los asientos delanteros y uno a su lado, y sus miradas no dejan dudas sobre sus intenciones. Pero ella sonríe, cierra la portezuela, se pone el cinturón y deja que ellos presaboreen el festín en que calculan repartirse sus orificios. El último deseo que les concederá, antes de que empiece el verdadero banquete.

Lo que ella no puede prever es que una de sus víctimas designadas, el conductor Tony Perkins (nombre ficticio de persona real), conseguirá darse a la fuga. Ya en la comisaría, el hombre llora al recordar los espantosos orgasmos de la mujer retozando en el cuello de uno de los pasajeros, la sangre salpicándole los senos desnudos. El otro macho, que la estaba montando por detrás, aún no se había percatado de lo sucedido en el piso de abajo, cuando ella, sin darse la vuelta, le envolvió la cabeza con el brazo como por un arrebatado de pasión y con la otra mano le clavó un puñal plateado en la yugular. Luego se quedó aplastada entre sus dos víctimas, ordeñando sus heridas y comparando el sabor de aquellos dos vinos, ebria de placer tanto como para olvidarse del tercer barril de tinto, que sin pensárselo dos veces ya



estaba huyendo por el bosque. Fue su único error. Nadie sabe cómo consiguió borrar sus huellas genéticas del coche y de los cuerpos de sus víctimas. Lo cierto es que todo rastro de su ADN se destruyó antes del surgir del sol, cuando los agentes llegaron al lugar del crimen. No hubiera sido posible identificar a la asesina, de no ser por el testimonio del superviviente. Gracias a él, la policía prevé detenerla en las próximas horas.

‘¿Y ahora quién me pagará el viaje?’, se queja Tony, que ha perdido a sus dos clientes. IB»

Adinerados clientes, había escrito yo, pues para permitirse un taxi colectivo entre dos... A Nergal le debe de haber parecido mal y lo ha quitado, y tiene toda la razón: la palabra arriesgaba sugerir un conflicto social, en contra de las recomendaciones de Crónica Escrita. Confieso que al leerlo ahora mi artículo me da un poco de vergüenza: tanto crimen, cuando preferiría conjugar el sexo con el verbo amar... Pero Utu no me contesta, y hoy tampoco encuentro ningún artículo con su firma, pese a que recuerdo haber visto ayer en su Intranet que sí tenía preparado uno para el sábado. Si a mí sólo me han quitado una palabra, él parece haberlas perdido todas.

En la publicidad del margen, leo el anuncio: Dolosex, el fármaco que transforma el dolor en placer. Para mí quisiera tal remedio. Ojalá me pueda consolar la fiesta.

## IV

Olympus Hill no la encontraréis en el buscador. Si conocierais sus coordenadas, descubriríais que no aparece en los mapas: su lugar lo usurpa un bosque despoblado, al norte de White Plains y al oeste de Valhalla. Pero yo era una elegida y había recibido los datos secretos del camino a la colina de los dioses. Mi motohuevo los había incorporado en su memoria y diez minutos después de salir de casa ya dejaba la carretera principal para meterse en este sendero que parecía no llevar a ninguna parte.

A mi alrededor, sólo hay un bosque de enormes secuoyas: ¿y si Olympus Hill y la fiesta sólo son una broma, una novatada de mis nuevos colegas? Toda la naturaleza guarda un silencio absoluto, reteniendo el aliento, como para esconder el secreto. La vegetación se hace más densa y parece que nos vamos a empotrar contra un altísimo muro vegetal, cuando me encuentro rodeada de agentes. Me paran, me invitan a bajar la ventanilla, controlan mis ojos con el escáner: sí, resulta que mis irises están autorizados a pasar. Aun así, los guardias registran mi vehículo, descubren mi lanzadescargas y se lo quedan en depósito hasta que vuelva a salir, dicen. Al fin consigo vía libre: me filtro a través de la pared de árboles y descubro un gran vallado, que se abre a mi paso y se cierra a mis espaldas.

Y un concierto de pájaros de incontables especies me dio la bienvenida en Olympus Hill, invitándome a bajar de nuevo la ventanilla para disfrutar de su música. Junto con el sonido estéreo entró una mezcla de perfumes de menta, eucalipto, naranjo, higos y mil y una flores. Fuera, a mi alrededor, ciervos, ardillas, cisnes, pavos reales y toda clase de apacibles animales que sólo conocía por los dibujos animados parecían haberse congregado por dentro de la muralla para vivir cerca de los dioses, e incluso demostraban conocer las reglas del tráfico: me dejaban paso en la carretera, mirándome sin miedo ni amenaza desde los prados y entre los árboles. Sentí que me acogían como a una vecina, que me acompañaban a la fiesta y que la homenajeadada era yo. Hasta oía un sonido de cava vertiéndose en una copa: era un arroyo que descendía rápido desde la cumbre de la colina, rodeado de sauces, agachándose a mi paso debajo de un bonito puente de piedra. Justo en ese momento, se encendió una hilera de farolas a lo largo del camino, anticipando el anochecer al menos en una media hora.

Mi motohuevo subió por la carretera iluminada que se atornillaba por la ladera de la colina. A mi derecha y a mi izquierda, entre la naturaleza, altos setos vivos se sucedían

ocultando las mansiones de los dioses. Y allí enfrente, en la cumbre, ya me esperaba un fabuloso castillo que bajaba su puente levadizo para acoger mi huevo en su vientre.

En cuanto entré en el interior del recinto, me encontré en una huevera automática parecida a la de la pirámide, así que bajé y dejé que una gran lengua mecánica se llevara mi vehículo, mientras un ascensor se abría para mí. Una vez dentro, me admiré en el espejo: llevaba mi mejor vestido de noche, hecho de dos bandas negras de bordillos rojos que bajaban de los hombros para cruzarse por detrás en el medio de la espalda y por delante del pecho, enfatizando el escote. Más abajo, volvían a separarse justo por encima del ombligo, giraban hacia la espalda para ceñirse a la cadera y caer por los lados multiplicándose en una falda de tiras.

El ascensor parecía no querer despedirse de mí, ya que se movía lento, subiendo en un plano inclinado en vez que verticalmente. Cuando al fin las puertas volvieron a abrirse, me encontré en un gran vestíbulo con una altísima bóveda de madera ricamente tallada. Nada más pisar el nuevo espacio, me siento hundir con suavidad en el suelo. Levanto los pies y salen desnudos, y veo mis zapatos emerger un poco más allá, como barcos llevados por la corriente, para desaparecer luego en un armario empotrado. El suelo es cálido y ligeramente perfumado, y proporciona un suave masaje a mis plantas, alcanzando los puntos reflejos de todos mis órganos. ¡Ojalá tuviera este lujo en mi nueva casa!

## V

Me dirigí hacia el sonido de la música, sintiéndome como si caminara sobre aguas que llevaban ocultos mil dedos debajo de la superficie. Crucé un gran arco y me detuve para contemplar desde arriba el enorme salón de fiestas.

Y vi burbujas entretenidas en sonrientes conversaciones que se fundían, se separaban y se mezclaban con otras, siempre abriéndose con amables arranques para saludar a los recién llegados. Vi un banco de macizos camareros y esbeltas camareras nadando en sus minúsculos trajes de baño entre los invitados, manteniendo a flote con una única mano una bandeja de copas o pinchos. Vi la orquesta en un tablado al otro lado del salón con una pareja de strippers contoneándose al ritmo de la música y relamiéndose entre ellos. Volví a las burbujas y distinguí a políticos, deportistas y famosos surtidos, todos tratándose como viejos amigos. Y dispersados en la sala vi a mis nuevos compañeros guionistas, nadando como peces en su estanque. Por encima de todas las cabezas, Ashur Morigan destacaba como una montaña en medio del mar.

Pero ¿qué hace allí Sokar Nergal? Él pertenece a Crónica Escrita, como yo antes. ¿Por qué lo han invitado? Tal vez merece ese privilegio digno de los pisos superiores por ser director de Departamento... ¿Qué importa? Ahora lo puedo alcanzar para saludarlo y tratar de sonsacarle noticias de Utu.

Bajé la pequeña escalinata y avancé recibiendo amables sonrisas de bienvenida de parte de rostros famosos y poderosos desconocidos. Me dirigía hacia donde burbujaba Nergal, pero en la mitad del camino una mano agarró mi hombro desnudo.

–¡Hola Ishtar! ¡Estás divina! –dijo Shiva, la gran destructora. Me abrazó agachándose un poco y nuestros pechos realzados se estrujaron con más fuerza que en nuestro primer encuentro, escote con escote, piel con piel. Al soltarnos después del roce de labios pude apreciarla en todo su esplendor de noche de fiesta, maquillaje juvenil, collar de auténticas perlas, traje elegante con espalda y piernas desnudas. Aun así de transformada, sin su gran corbata plateada, seguía siendo la misma, como demostraban los pendientes con forma de elefante, que parecían puestos para recordarme mi primera fantasía con ella.

–¡Hola Shiva! –intervinieron dos voces masculina y femenina al unísono. Y me encontré formando burbuja con la Presidenta Sarapal Somoza y con Barry Alabama, el

candidato demócrata que le disputará la reelección. Los dos estaban tan guapos como en la telarred, aunque para la ocasión él vestía un clásico frac, que contrastaba con los pies descalzos, y ella uno de esos conjuntos atrevidos que solía ponerse en su anterior carrera de modelo, las piernas desnudas desde nalgas y muslos hasta los tobillos. Al verlos, no pude evitar imaginarlos transformados, aunque esta vez mi fantasía se dejó limitar por el efecto de sus atuendos: Barry Alabama era un pingüino y Sarapal Somoza una grulla, y batiendo las alitas entrechocaban los picos para besarse entre ellos.

Observé cómo saludaron a Shiva estrechándole la mano e inclinando un poco la cabeza al estilo japonés. Luego me lanzaron una mirada interrogativa.

–Os presento a la divina Ishtar Benten, nueva guionista de la Agencia –dijo mi directora.

Sarapal Somoza y Barry Alabama levantaron las cejas y abrieron más los ojos, luego repitieron conmigo el saludo anterior, incluyendo la pequeña reverencia final, que yo imité aunque no hubiera hecho lo mismo Shiva con ellos poco antes. Estaba ante los dos máximos líderes políticos del presente y futuro inmediato. ¿Cómo tenía que comportarme?

–¿Te vas a ocupar de nosotros? –preguntó Sarapal Somoza.

Shiva acudió a rescatarme antes de que pudiera entender el sentido de la cuestión.

–Ella y Ashur Morrigan van a crear un nuevo programa: la «Guerra de los Héroe».

–¡Fantástico! Ya estoy deseando verlo –dijo Barry Alabama.

Al unísono con Sarapal Somoza, levantó la mirada por encima de mi cabeza. Me volví y reconocí a los nuevos venidos: eran Artemisa Lahar, la angelical cifótica, y Tapio Tammuz, el pequeño cazador de pelo dorado, los dos divinamente vestidos. Observé con creciente sorpresa y una pizca de orgullo la ronda de saludos amigables en que otra vez los dos líderes políticos mostraban reverencia hacia mis colegas.

–¿Ya habéis decidido quién va a ganar el próximo debate? –preguntó Sarapal.

–Estamos en ello –contestó Artemisa, acariciándola en la mejilla. La mano blanquita de la guionista, que destacaba contra la piel morena de la cara política, acabó el recorrido en la coronilla presidencial, despeinándola un poco.

–Creemos que ahora le toca a Barry –intervino Tapio, subiendo de puntillas para darle un cachete afectuoso al candidato.

Sarapal Somoza no pudo ocultar su desilusión.

–Me gustaría que me dierais alguna frase memorable. Él ya tiene su ¡Sí, queremos! ¡América quiere soñar! ¡América quiere cambiar! –dijo.

–Ya lo hemos pensado. Esta vez tú vas a replicar: Si seguís confiando en mí, no os fallaré –contestó Artemisa, pasando la mano en la espalda desnuda de la Presidenta hasta pellizcarle una nalga.

–¿Qué argumentos usaré para ganar? –preguntó Barry.

–¡Cuántas prisas! –le riñó la diosa cifótica–. Ya os pasaremos el guión el lunes.

–¡Vas a soltar la revelación bomba de la campaña! –dijo el pequeño Tapio con su ligero tartamudeo, estrechando aún más los ojos por la excitación y haciendo caso omiso de la severa mirada de su pareja guionista.

El candidato demócrata juntó las manos como para rezar.

–¿Qué revelación? –suplicó.

Tapio se echó a reír, guiñándome el ojo. Paró sólo cuando el pingüino Barry ya iba a renunciar a su curiosidad.

–Vas a confesar tu homosexualidad –disparó. Y volvió a retorcerse por las risas.

–¡Pero yo no soy gay! –protestó Barry.

Toda la burbuja explotó en una carcajada a la que se unieron hasta Artemisa y Sarapal, y el mismo candidato demócrata tras un momento de confusión. Yo también me reí, para no desentonar.

Pues era cierto que éramos los dioses. Hasta entonces yo había pensado que las noticias de política, al ir acompañadas de imágenes, eran verídicas. Por eso, y no sólo porque sabía que cobraban mucho menos que yo, siempre había despreciado a los presentadores y reporteros del Departamento de Actualidad, que tenían la aburrida tarea de grabar y editar catástrofes naturales, eventos deportivos o actuaciones y declaraciones de protagonistas reales, como los hombres públicos que en el cumplimiento de sus funciones no eran vetados por la ley de protección de datos. Creía que la única inventiva permitida a los presentadores era la de sacarle un orden a aquel caos informativo. Nada comparable con la libertad creadora que teníamos en Crónica Escrita. Eso al menos era lo que yo siempre había pensado. Ahora, sin embargo, acababa de descubrir que el guión de la vida política lo hacían dos colegas de mi nuevo Departamento... ¿Qué dirían los chicos de Actualidad si supieran de tal farsa? Pero... ¿por qué lo tomo así? ¿Acaso me escuece haber sido engañada yo misma durante

tantos años? No, ese logro sólo merece mi admiración. Artemisa Lahar, la conservadora, y Tapio Tammuz, el progresista, han sabido crear una realidad política creíble que suscita pasiones entre la gente. Cumplen con el mandamiento de forjar el más interesante y cautivador de los mundos posibles, como los periodistas de Crónica Escrita. Con la diferencia que los guionistas tenemos más poder, ya que nuestras ideas se plasman también en imágenes, en cuerpos y voces de carne y hueso, y llegan a un público mucho más amplio... Quién sabe qué pasaría si se rompiese el hechizo. Por suerte, nada de lo que acabo de descubrir en esta fiesta traspasará nunca las paredes de esta fortaleza. Arianne no se enterará de nada... Arianne... Me sorprende oír su voz inquisidora dentro de mí acusándome de robarle la verdad, como si ella estuviese aquí conmigo presenciando la confirmación de sus sospechas. ¿Qué le contestarían Tapio y Artemisa? Seguro que dirían que los dioses podemos crear a los políticos y gobiernos más dignos de impresionar las páginas de la Historia, y ¿qué importa que la democracia sea ficticia, si el público así está contento?

## VI

Me despedí de la burbuja de los políticos con la excusa de ir a saludar a Ashur Morigan, el gigante pelirrojo cuya cabeza sobresalía un poco más allá, en el camino hacia Nergal. Junto a mi compañero de guerra encontré a Zurvan Enlil, el de las canosas sienes, y un tercer hombre que no conocía. Mi director propositivo llevaba una elegante chaqueta azul oscuro con un pañuelo granate alrededor del cuello, y largos pantalones grises que se ensanchaban cerca del suelo tanto como para ocultarle los pies. Los otros dos iban vestidos con faldas escocesas de cuadros rojos y negros, y no pude evitar fijarme en sus pantorrillas desnudas, las de Ashur velludas, las del desconocido depiladas. Por encima de su enorme cintura, mi compañero llevaba una chaqueta verde de terciopelo, mientras que el otro iba en camisa y tirantes.

–¡Hola Ishtar! Te presento a Kroissos Midas –dijo el codirector de los guionistas después de abrazarme y besarme.

–Ishtar Benten –dije, extendiendo la mano.

En vez de estrechármela, Kroissos Midas me la cogió, se la llevó a los labios y la besó.

–Zurvan y Ashur me han hablado de ti –observó con una sonrisa apacible. Tenía una ventaja sobre mí, pues yo no sabía quién era él. Noté que me trataba con cortesía y con una galantería algo trasnochada, aunque sin reverencia. Era un hombre enérgico de unos cuarenta y cinco años, con el pelo espeso y negro. En un relámpago, lo vi transformado en cadena acabada en una gran maza medieval llena de puntas, arremetiendo contra mi vientre con saña, destrozándome desde fuera hacia dentro.

–¿Quieres casarte conmigo? –preguntó.

–¿Cómo?

–Verás, me han dicho que tú eras la IB de Crónica Escrita. Ya te quería por tus noticias. Ahora que te veo no tengo duda.

Lo miré medio paralizada por la sorpresa, sin saber si ese desconocido estaba de broma o si iba en serio. En el primer caso me podría salvar con una risa, en el segundo con un no, gracias.

–Verás, soy un aspirante al trono de hombre más rico del mundo, como mi amigo Marduk, del que soy socio en incontables empresas y aventuras financieras –insistió



Kroissos—. Pero yo soy un príncipe. Lo digo en serio: creo que en esta fiesta soy el único noble auténtico. Por eso quiero casarme con la periodista de mis sueños. Para convertirme en un rey.

Zurvan y Ashur se limitaban a sonreír, quién sabe si como testigos de una broma de mal gusto o de una obsoleta pedida de mano. Yo seguía allí, mirando a mis tres compañeros de burbuja sin poder focalizar, pues mi mente seguía el rabillo de mis ojos vagando por el salón en pos de Nergal. Cuando lo había visto desde lo alto de la escalera estaba un poco más allá de Ashur. Ahora que había alcanzado a mi gigantesco colega y que estaba con los pies al nivel del salón, ni mi estatura, ni la de mi antiguo director, igual de baja que la mía, facilitaban la búsqueda...

—¿Sabéis dónde quedan los servicios? —pregunté, prefiriendo esa excusa vulgar antes que demostrarme descortés. Zurvan me indicó una dirección a noventa grados de la línea en que yo calculaba haber visto a Nergal. Me encaminé en ese rumbo planeando corregirlo poco a poco, orientándome por el faro de la cabeza de Ashur. Pero no fue necesario: mi presa estaba allí, saliendo de los servicios.

—¡Hola Sokar! —dije, plantándome ante su cara, esperando el abrazo de rito. Sin embargo, Nergal se limitó a darme la mano.

—Hola Benten —me saludó.

¿Por qué me estaba llamando por mi apellido? Lo miré. Lo encontré un poco más calvo, más bajo y mayor que la última vez que lo había visto... ¡dos días antes!

—He cambiado de... —dije.

—De acuerdo, de acuerdo —cortó él.

Me pregunté si estaba al corriente de mi nuevo destino. Tal vez me había interrumpido porque sabía que yo tenía prohibida toda revelación. En cualquier caso, no parecía muy contento de verme. Tampoco sorprendido. Nada comparable con la ostentosa alegría con que me había recibido en mi primer día en Crónica Escrita, un año atrás, cuando yo lo había visto transformarse en un escorpiotauro, con patas y barriga de toro y espalda, cabeza y cola de escorpión, y me había imaginado que me secuestraba para llevarme presa a su laberinto. Allí me nutriría de algodón de azúcar antes de morderme los pezones y clavarme el aguijón venenoso en la vagina.

—¿Cómo van las cosas en el Departamento? —me apresuré a preguntarle, viendo que iba a despedirse.

–Bien. Sólo ha pasado un día laboral.

Tenía que reconocer que era cierto. Mi separación de Crónica Escrita había empezado ayer. Pero ese viernes había durado un año, y este sábado valía un mes más. Al minimizar estas cincuenta y pico horas, sentí que Nergal también estaba restándole importancia a mi ausencia.

–¿Qué tal los chicos? –insistí. Por supuesto, lo que quería eran noticias de Utu.

–Bien.

Empecé a desesperarme. Mi ex jefe era un muro erguido ante mi pasado, y yo no podía parar de embestirlo.

–¿Y Utu?

–Oye, Benten, ¿te puedo dar un consejo? No eches a perder tu nueva vida –dijo Nergal, con un tono que me pareció sorprendentemente amenazador.

–Solo quería despedirme... –dije, reteniendo las lágrimas–. Puedes decirle a Utu que...

–Olvídate de Balder, como él se ha olvidado de ti –dijo Nergal, haciendo explotar una bomba en mi corazón–. ¿Por qué crees que no contesta tus mensajes?

¿Cómo sabía Nergal de mi correo? ¿Se lo había dicho el mismo Utu, tal vez para burlarse de mí?

–¿Cómo sabes que le he escrito? –me oí decir.

–Una buena periodista no pregunta: inventa las respuestas.

Me di la vuelta como un boxeador noqueado y me alejé de mi antiguo director olvidando saludarlo, diciéndole adiós a Utu en mi corazón. Entonces un alboroto me recordó que estaba en una fiesta y que tenía una nueva vida ante mí. Me quedé atrapada por la corriente que fluía hacia las grandes puertas acristaladas en el extremo del salón, hasta que me encontré en una enorme terraza.

**\*\*\*\*\* FIN DEL FRAGMENTO DE MUESTRA \*\*\*\*\***

*La mujer que desató el mayor escándalo sexual de todos los tiempos*, en edición de libro electrónico, está disponible en Amazon, <http://www.amazon.es/dp/B007IKF4R4/>

Para información actualizada con enlaces a otras ediciones, ver <http://www.lamujerque.com>